

## La piedad

*Isaac Mauricio Moncada Dueñas*

—Estoy aburrida —ella me dijo—, ¿por qué no hacemos algo más?

Así que esperaba en la puerta, esperaba algo que me estremeciera, que me quitara las lágrimas de los ojos, o mejor aún, que me probara equivocado, pero todo apuntaba a que siempre tuve la razón. Ella revolvía entre mis cosas, buscando lo que era innecesario y que, tiempo atrás, había abandonado. Unos pantalones, tres camisetas, un par de zapatos, todo en un blanco roto por el uso, no era puro, pero no necesitaba nada más.

Las cortinas bailoteaban como si de una danza macabra se tratase, pavoneándose entre el alba y la brisa aún taciturna que ya ansiaba introducir trinos dentro nuestro lecho, el sino del todo, convertirse en nada, era todo un problema de proporciones tales que ni el imaginario colectivo había descrito a la perfección en el transcurso de veintiséis siglos, pero del cual yo descubrí imágenes exactas hace dos meses y quién sabe cuántos días.

Con tu dedo me llamabas cual dueño llama a su perro, «Anda, ven, no me dejes esperando», te veía luchar por no hablar en hexasílabos, ocultándote entre ese largo cabello lacio que te llegaba hasta los hoyuelos (los de venus, cabe aclarar), no solo te delataba de pecadora, también ocultaba tus otros dos rostros, con sus dos lenguas y tres ojos cada uno.

—¿Entonces?

Tu susurro, angelical para el oído analfabeta, obligaba a mi ser a prepararse para el cometido, las curvas peligrosas de las cuales te jactabas esclarecían los nueve círculos inscritos entre músculos y grasa. Me pregunto cómo es que no lo vi antes, el humano era algo gris para mí, sea pintura, escultura o pentagrama, jamás llegó a ser de mi agrado, las proporciones eran o pudorosas y aburridas o muy grotescas y exageradas para mi gusto, pero tú eras diferente, tus múltiples pieles, montes y almohadas cortadas lograban causar lagunas en mi razonamiento, eras diferente, no eras humana.

El ritual empieza, tan solo seis minutos y ya no somos nosotros, somos sellos, sombras de la creación y paralelos del despojo, en instancias mitosis y en las restantes, amalgamas.

—Sigue, detente, más rápido.

Poco entiendo lo que me ordenas y de todas formas lo ejecuto a la perfección, mi otro yo se pierde en ti mientras mi yo real se oculta en plegarias. Plac, tus lágrimas de placer se vuelven el paralelismo de las escarlatas que alguna vez brotaron de mis muñecas. Tic, el reloj me remite a cuando me arrebataste de los brazos de las Keres y comprendí que no podía esca-

par de mi encomienda. Tac, clavo los colmillos en tu cuello, las uñas entre caderas y cintura, apenas van sesenta y seis minutos.

Quisiera ser capaz de decirle a quien me instruye que solo es un compromiso, pero los minutos se convierten en segundos en lugar de milenios, siempre fui de pecar y negarme a la indulgencia, pero ver al Tetragramatón me reveló que debía pagar mi salvación con un pecado más grande que el que cometía ahora mismo, injuria tras lamida me preparaba para condenarte.

Horas: Me alejaba del reloj para no pensar en el final.

Contornos: más que anatomía, eras un paisaje, horizontes distorsionados y puntos de fuga inciertos, era imposible no mirarte y preguntarse qué había debajo de las pieles.

Posiciones: Nuestros placeres emulaban un asesinato y no una concepción, gran problema.

Minutos: Ya es momento.

Con firmeza te tomo y te doy la vuelta, cooperas, tu cuerpo laso ya no soporta las caricias y se estremece, mas tu naturaleza lasciva no da descanso, me miras fijamente. «Sigue, sigue», me pides con tu boca menguante, y mientras mi mente intenta resistir tus gemidos, saco un filo de entre el colchón y la base.

El frío del acero en tu entrepierna hace que te estremezcas, pues aún no entiendes mi encomienda, volteo al reloj, han pasado tres horas con treinta y tres minutos, momento preciso para el final: el athame se introduce en donde hace poco me movía, las suaves paredes se desgarran ligeramente mientras tú no logras discernir el dolor del placer.

—¿Qué me haces?

No hay respuesta.

Desde tan profundo como lo permite la empuñadura hago un movimiento hacia arriba, el sonido de las fibras separándose se ahoga con el de seis trompetas que forman acordes disminuidos, la séptima (o su ausencia) me indica que aún estoy a tiempo, desde la cueva hasta el ombligo hago un río que se convierte en cruz, lo mismo del ombligo a los pechos y de estos a la mandíbula, al pasar por la tráquea el dolor se convirtió en un gorgoteo breve,

desembocando en un silencio que resuena más que los propios bramidos que hasta hace unos pocos segundos soltabas.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? No queda nada de tus cosas, solo unas pocas camisetas y aún menos pantalones.

—Es solo lo necesario, todo lo demás es prescindible, esto es lo justo, lo que tiene un uso y propósito, no requiero nada aparte de esto, además, ocuparemos tanto dinero como podamos para cuando...

El miasma que era tu propia alma me despertó de golpe del recuerdo, aún falta mucho por hacer. Abro el aljibe y empiezo a trabajar, tal como me fue revelado en mi propia galería, había una orgía de demonios esperando emerger a la superficie, todos siguiendo *aquello*, primero un Uróboros que no era capaz de reiniciar todo por intentar meterse en la Ajattara transmutada, tal cual salen de ti, caen en el recipiente, inundando mis oídos con desplaces aéreos que imitaban el explícito sonido que hacíamos al chocarnos, plic, plac, plic, plac.

—Puros demonios hay en las putas como ella.

No recuerdo quién me había dicho eso, y si bien, en un principio pensé que era otro imbécil de esos que hablan solo por tener la última palabra, ahora entendía perfectamente a lo que se refería; un Amón, un Belcebú, algunos que no logré identificar de tantos pecados que en tus muros habitan, en cierto momento decidí investigar la Gyromitra para ver si me equivocaba, quizá con suerte, el amnios logró formarse allí, pero no encontré entre los tímpanos mi espejo escalado, en cambio, y como sorpresa para nadie, vi a Andrealphus alimentando a un pseudo-Lucifer que dormitaba, lagrimeando por no hacer del mundo su voluntad encarnada.

Aunque no me creas, el momento es doloroso, probablemente más de lo que fue para ti, pues mientras tú te apagabas en cuestión de segundos, yo llevaba meses temiendo la realidad, mis párpados se volvieron transparentes y ambos iris iluminaban los laberintos que eran tus invocaciones:

—Podríamos pintar esta pared de blanco, quizá las tres, y la última, azul

No sé yo si eso simbolizaba un nuevo empera-

dor o si para ti todo era una burla hacia las bóvedas celestes.

—No queda nada de tus cosas.

No sé yo si algo te olías, mas no te equivocabas, pues solo quedaba esa luz en la oscuridad.

—Te amo.

No sé yo, no lo sé.

Un rayo rosáceo lograba acariciar mi rostro y consolarme cual rosetón muestra el camino al atril, ese rayo rosáceo me despierta del trance/coma inducido por la nostalgia, me seco la sal mientras veo el aljibe traído desde Jerusalén para buena medida, no sé cuántos demonios he exorcizado, setenta y tantos, pero tocaba el principal, palpando la cruz inicial encuentro la única parte de la tejedura tan intrincada de las voluntades oscuras que aún permanecía intacta.

Los telares de carne se abrían de par en par como si de las puertas de nuestro primer departamento se tratasen, e incluso estando tumbada sabías a qué me refería, la comisura de los labios intentaban levantarse al sentir la calidez de mis manos, y mientras contemplabas el pasado de manera placentera, sacaba de ti a un macho cabrío: el macho cabrío me mira y reflexiona, es un cabrío intelectual, con la frente hinchada por tanto pensar a ese que, sin querer, fui yo el que había comenzado. El macho cabrío me mira y reflexiona, apaciguado y calmado, pues no hay canto que me haga detenerme ahora. El macho cabrío acepta su destino y fallece, me cede al adversario de la humanidad.

Aviento la cabeza del animal que ahora actúa como medusa, *aquello* que temía ver se mueve y me mira, sosteniendo mi dedo recita mil y una plegarias de manera cíclica, con los ojos me muestra el palíndromo sin fondo de la historia de la humanidad, suspira cielos y cenizas de treinta y tres instancias que advierten un nuevo inicio, desde la costa del Vesubio hasta los cráteres en países aún no nacidos, son escenas que conozco a la perfección, las que con óleos y aguarrás había descifrado, las que elaboré con lo innecesario que buscabas al descubrir mi precario guardarropas. Un golpe, dos, tres, seis, infinitos, razón extrema y media, no te movías, pero para buena medida te ahogué en la espesura de las arte-

rias y en ácido de batería, no te movías, te hacías el muerto, te bauticé con agua bendita y con jugo de pecado, no te movías, pero sí brotó de ti otro par de extremidades, una segunda cabeza y un nuevo sexo para que te supusiera como perfecto.

Un brazo amputado, una pierna arrancada, una cabeza aplastada, el resto del cuerpo desosado. Perdí la cuenta de cuántas veces reviviste y de cuántas te volví a matar; casi sentía que renacías de mi ombligo cada tres instancias, hasta que te percibí falleciendo por última vez, y ahí acabaste como tus siervos, bajo una tapa y en gasolina blanca. Salgo de la habitación.

Así que esperaba en la puerta, esperaba algo que me calmara y me secara las lágrimas de los ojos, o mejor aún, que me probara como salvador de los tiempos, y todo apuntaba a esto último, me encontraba en coma/muerte/renacer, cuando un rayo inerte lamió mi rostro tal y como yo lamía tus senos hace quién sabe cuánto, y me sentí abrumado, decapitado, pues no sé qué acaba de pasar ni qué está pasando, todo ocurre al instante y se vuelve mi pasado antes de siquiera considerarse futuro, un rayo amarillo intenso entra desde el rosetón imaginario que guía al aljibe donde los siervos sin maestro reposan, y en tu cuerpo, ay, tu cuerpo, se hace un tenebrismo que contornea tus curvas y tus cortes, eres una glosolalia de vacíos y completos. A lo lejos reverbera un pujido, no, una trompeta, una trompeta que toca la séptima dominante de un acorde ambiguo. Veo tus piernas, resaltan, son claroscuras a pesar de que no hay borde por donde entre la luz, suelto un ligero lloriqueo, un fuerte grito, llevo el ahora carmesí athame a mi sexo y luego a la yugular, rezo antes de acabar con todo, me encomiendo al señor, y me detengo en seco.

El aljibe se retuerce, convulsiona, ya no es mi grito.

—¿Padre?